

## Memorialistas & Viajeros

### J.M.G. Le Clézio: “El africano”

*Bartolomé Leal, desde Avignon, Francia*

Cuando este escritor francés conquistó el Premio Nóbel de Literatura en 2008, ante la sorpresa general ya que no aparecía como favorito, alguna gente me preguntó: y tú, ¿lo conocías? Me obligué a contestar que sí, que lo había leído, a pesar de sentir una pizca de vergüenza (me podían calificar de snob). En algún momento de mi juventud me hice adicto a las vanguardias del siglo XX, sobre todo en las letras francesas (unos amigos, los hermanos Menie no dejaban de transmitir sobre Apollinaire, el conde de Lautréamont y Alfred Jarry). Pero, más que el absurdo, a mí me interesaba el movimiento llamado del “*nouveau roman*” (nueva novela), cuyos autores descollantes se llamaban Alain Robbe-Grillet, Marguerite Duras, Michel Butor y Natalie Sarraute. Con importantes diferencias estéticas entre ellos, cabe señalar. Por mientras, en las ciencias sociales se producían pensadores tan significativos como Foucault, Barthes, Michel Leiris, Lévi-Strauss y tantos otros. Sartre y Camus iluminaban el camino, cual faros impertérritos ante las tormentas. Refugiado en las sombras y fuera de campo, Léo Malet horneaba su incomparable y fértil propuesta de novela policial surrealista.

Mis preferidos en novela eran Robbe-Grillet y la Duras; hasta el día de hoy los leo y releo, y revisito sus películas. Pero había por entonces un jovencito que llamaba la atención debido a su radicalismo formal: J.M.G. Le Clézio. Lo leí, por cierto, pero no fue una experiencia grata ni lúdica. Su tajante concepto de vanguardia superaba mi capacidad de comprensión, y sus referencias cruzadas, sus audacias narrativas, su buceo profundo en el alma francesa, eran demasiado para mí. Diría además que se me volvía doblemente hermético al leerlo en traducción. Quedó por lo tanto alejado por varias décadas de mis rutas de lectura, sobre todo porque me dejé coger por el maestrom vertiginoso y potente de la novela negra.

Le Clézio evoluciona, en todo caso, hacia una literatura más amable, más profunda, más comprometida, más benévola si se quiere. Viene un momento de introspección, de búsqueda de la niñez perdida, de la magia de los viajes. Despliega una visión cada vez más severa acerca del colonialismo y su acción destructiva sobre los pueblos, los territorios, las culturas. Libro a libro va desarrollando esta visión, hasta hacerse de algún modo el vocero de un nuevo humanismo, cercano al ecologismo. Le Clézio cambia a los héroes cansados, destinados a la derrota, que poblaban sus novelas de los 60 y 70, y se lanza al rescate de los condenados de la civilización, en México, en América Central, en África, en la India. Su obra se enriquece, sus experimentaciones se hacen carne en una literatura que no se apartará de la militancia con la vida.

Lo pone bellamente: “Quiero escribir otra palabra, que no maldiga, que no excre, que no envicie, que no propague la enfermedad”. Es con esa mano que Le Clézio publica en 2004 esta pequeña obra maestra cabal que titula *El africano*. Todo gira en torno a los recuerdos de su padre, médico en territorios de Nigeria y Camerún durante el período

final del colonialismo, al tiempo que en Europa se desenvuelve la guerra de Hitler. El autor tiene ocho años y es llevado por su madre, junto a su hermano, a vivir con el padre. Un hombre comprometido con su misión, aunque lejano a cualquier idealización. Le Clézio explica así la génesis del libro: “Durante mucho tiempo imaginé que mi madre era negra. Me había inventado una historia, un pasado, para huir de la realidad, a mi regreso de África a Francia, donde no conocía a nadie, donde me había convertido en un extranjero. Más tarde descubrí, cuando mi padre, al jubilarse, volvió a vivir con nosotros en Francia, que el africano era él. Fue difícil admitirlo. Debí retroceder, recomenzar, tratar de comprender. En recuerdo de todo eso he escrito *El africano*.”

Libro de memorias, pero también del rescate de momentos significativos de la vida, incluida la conjetura del momento y circunstancias en que fue concebido por esos seres misteriosos que fueron su progenitores cuando jóvenes; un enigma que a todos nos conmueve, valga anotar. Libro de memorias pero también un conjunto de siete relatos asincrónicos, donde aparecen y reaparecen situaciones y sucesos, como en los sueños, acompañados de algunas fotos o dibujos que más que acercar la realidad, la ahuyentan y borrarían. Libro de memorias pero también reflexión filosófica (como en Rousseau), la búsqueda de una identidad personal que le cuesta entender, y que no tiene nada que ver con raza ni con educación ni con cultura ni con status. Libro de memorias pero también de acusación (como en Diderot), de desgarrada expiación por una sociedad colonialista, como la inglesa y la francesa, que devastaron un continente, a nivel del cuerpo y de la tierra, de la lengua y del agua.

Descarnado grito *El africano* de Le Clézio, donde vida y literatura son parte de una misma cosa palpitante. Es un libro que se agradece, que permaneció tanto tiempo anónimo (hasta el Nóbel), ajeno al *marketing* literario. Un libro que toca un tema simple y que la literatura, de hecho, ha asumido sólo raras veces, casi milagrosamente: el avasallamiento del yo por las potencias de la existencia, en esa África donde todo es excesivo. Un libro donde la figura del padre es observada con distancia y benevolencia, con un deseo genuino por entenderlo, por mirarlo a la cara. Un libro de la mente: el autor no vuelve a África para comprobar detalles o precisar lugares: lo suyo es bucear en los trasfondos del recuerdo y la imaginación. Un libro de prosa comedida y honesta, de una brevedad densa como una piedra preciosa, no el producto de la falta de imaginación o el estreñimiento creativo. ¡Grande Le Clézio!

